

y absoluta de Carlos, solo otra voluntad opresora é ilimitada podia atropellarle y castigarle; medio legalmente atroz é injusto, pero debido pago á sus demasías, y correspondiente á las reglas que le habian guiado en tiempo de su favor.

Grandes enviados para obsequiar á Murat y á Napoleon.

Pasados los primeros dias de ceremonia y públicos regocijos, se volvieron los ojos á los huéspedes extranjeros que insensiblemente se aproximaban á la capital. La nueva corte, soñando felicidades y pensando en efectuar el tan ansiado casamiento de Fernando con una princesa de la sangre imperial de Francia, se esmeró en dar muestras de amistad y afecto al emperador de los franceses y á su cuñado Murat, gran duque de Berg. Fué al encuentro de este para obsequiarle y servirle el duque del Parque, y salieron en busca del deseado Napoleon, con el mismo objeto los duques de Medinaceli y de Frias, y el conde de Fernan-Núñez.

Avanza Murat hácia Madrid.

Ya hemos indicado como las tropas francesas se avanzaban hácia Madrid. El 15 de marzo habia Murat salido de Burgos, continuando despues su marcha por el camino de Somosierra. Traía consigo la guardia imperial, numerosa artillería y el cuerpo de ejército del mariscal Monecy, al que reemplazaba el de Bessieres en los puntos que aquel iba desocupando. Dupont tambien se avanzaba por el lado de Guadarrama con toda su fuerza, á excepcion de una division que dejó en Valladolid para observar las tropas españolas de Galicia. Se habia con particularidad encargado á Murat que se hi-

ciera dueño de la cordillera que divide las dos Castillas, ántes que se apoderase de ella Solano ú otras tropas; igualmente se le previno que interceptara los correos, con otras instrucciones secretas, cuya ejecución no tuvo lugar á causa de la sumisa condescendencia de la nueva corte.

Murat, inquieto y receloso con lo acaecido en Aranjuez, no quiso dilatar mas tiempo la ocupacion de Madrid, y el 23 entró en la capital llevando delante, con deseo de excitar la admiracion, la caballería de la guardia imperial, y lo mas escogido y brillante de su tropa, y rodeado él mismo de un lujoso séquito de ayudantes y oficiales de estado mayor. No correspondia la infantería á aquella primera y ostentosa muestra, constando en general de conscriptos y gente bisonía. El vecindario de Madrid, si bien ya temeroso de las intenciones de los franceses, no lo estaba á punto que no los recibiese afectuosamente, ofreciéndoles por todas partes refrescos y agasajos. Contribuia no poco á alejar la desconfianza el traer á todos embelesados las importantes y repentinas mudanzas sobrevenidas en el gobierno. Solo se pensaba en ellas, y en contarlas y referirlas una y mil veces; ansiando todos ver con sus propios ojos y contemplar de cerca al nuevo rey, en quien se fundaban lisonjeras é ilimitadas esperanzas, tanto mayores quanto así descansaba el ánimo fatigado con el infausto desconcierto del reinado anterior.

Fernando, cediendo á la impaciencia pública, se  
TOMO I. 8

Entrada de  
Fernando en  
Madrid en 24  
de marzo.

114

ñaló el día 24 de marzo para hacer su entrada en Madrid. Causó el solo aviso indecible contento, saliendo á aguardarle en la víspera por la noche numeroso gentío de la capital, y concurriendo al camino con no menor diligencia y afan todos los pueblos de la comarca. Rodeado de tan nuevo y grandioso acompañamiento llegó á las Delicias, desde donde por la puerta de Atocha entró en Madrid á caballo, siguiendo el paseo del Prado, y las calles de Alcalá y Mayor hasta palacio. Iban detras y en coche los infantes Don Carlos y Don Antonio. Testigos de aquel día de placer y holganza, nos fué mas fácil sentirle que nos será dar de él ahora una idea perfecta y acabada. Horas enteras tardó el rey Fernando en atravesar desde Atocha hasta palacio: con escasa escolta, por do quiera que pasaba, estrechado y abrazado por el inmenso concurso, lentamente adelantaba el paso, tendiéndose al encuentro las capas con deseo de que fueran holladas por su caballo: de las ventanas se tremolaban los pañuelos, y los vivas y clamores saliendo de todas las bocas, se repetian y resonaban en las plazuelas y calles, en tabladros y casas, acompañados de las bendiciones mas sinceras y cumplidas. Nunca pudo monarca gozar de triunfo mas magnífico ni mas sencillo; ni nunca tampoco contrajo alguno obligacion mas sagrada de corresponder con todo ahinco al amor desinteresado de súbditos tan fieles.

Murat, obscurecido y olvidado con la universal alegría, procuró recordar su presencia con mandar

115

que algunas de sus tropas maniobrasen en medio de la carrera por donde el rey habia de pasar. Desagrado órden tan inoportuna en aquel día, como igualmente el que no estando satisfecho con el alojamiento que se le habia dado en el Buen-Retiro, por sí y militarmente sin contar con las autoridades se hubiese mudado á la antigua casa del príncipe de la Paz, inmediata al convento de Doña María de Aragon. Acontecimientos eran estos de leve importancia, pero que influyeron no poco en indisponer los ánimos del vecindario. Aumentóse el disgusto á vista del desvio que mostró el mismo Murat con el nuevo rey, desvio imitado por el embajador Beauharnais, único individuo del cuerpo diplomático que no le habia reconocido. La corte disculpaba á entrambos con la falta de instrucciones, debida á lo impensado de la repentina mudanza; mas el pueblo, comparando el anterior lenguaje de dicho embajador amistoso y solícito con su fria actual indiferencia, atribuia la súbita transformacion á causa mas fundamental. Así fué que la opinion, respecto de los franceses, de día en día fué trocándose y tomando distinto y contrario rumbo.

Hasta entónces, si bien algunos se recelaban de las intenciones de Napoleon, la mayor parte solo veía en su persona un apoyo firme de la nacion, y un protector sincero del nuevo monarca. La perfidia de la toma de las plazas ú otros sucesos de dudosa interpretacion, los achacaban á viles

Conducta impropia de Murat.

Opinion de España sobre Napoleon.

manejos de Don Manuel Godoy, ó á justas precauciones del emperador de los franceses. Equivocado juicio sin duda, mas nada extraño en un pais privado de los medios de publicidad y libre discusion, que sirven para ilustrar y rectificar los extravíos de las opiniones. De cerca habian todos sentido las demasias de Godoy, y de Napoleon solo y de léjos se habian visto sus pasmosos hechos y maravillosas campañas. Los diarios de España, ó mas bien la miserable gaceta de Madrid, eco de los papeles de Francia, y unos y otros esclavizados por la censura previa, describian los sucesos y los amoldaban á gusto y sabor del que en realidad dominaba acá y allá de los Pirineos. Por otra parte el clero español, habiendo visto que Napoleon habia levantado los derribados altares, prefería su imperio y señorío á la irreligiosa y perseguidora dominacion que le habia precedido. No perdian los nobles la esperanza de ser conservados y mantenidos en sus privilegios y honores por aquel mismo que habia creado órdenes de caballería, y erigido una nueva nobleza en la nacion en donde pocos años ántes habia sido abolida y proscrita. Miraban los militares como principal fundamento de su gloria y engrandecimiento al afortunado caudillo, que para ceñir sus sienes con la corona no habia presentado otros abuelos ni otros títulos que su espada y sus victorias. Los hombres moderados, los amantes del orden y del reposo público, cansados de los excesos de la revolucion, respecta-

ban en la persona del emperador de los franceses al severo magistrado que con vigoroso brazo habia restablecido concierto en la hacienda y arreglo en los demas ramos. Y si bien es cierto que el edificio que aquel habia levantado en Francia no estribaba en el duradero cimiento de instituciones libres, valladar contra las usurpaciones del poder, habia entónces pocos en España, y contados eran los que extendian tan allá sus miras.

Napoleon, bien informado del buen nombre con que corria en España, cobró aliento para intentar su atrevida empresa, posible y hacendera á haber sido conducida con tino y prudente cordura. Para alcanzar su objeto, dos caminos se le ofrecieron, segun la diversidad de los tiempos. Antes de la sublevacion de Aranjuez, la partida y embarco para América de la familia reinante, era el mejor y mas acomodado. Sin aquel impensado trastorno, huérfana España y abandonada de sus reyes, hubiera saludado á Napoleon como príncipe y salvador suyo. La nueva dominacion fácilmente se hubiera afianzado, si adoptando ciertas mejoras hubiera respetado el noble orgullo nacional y algunas de sus anteriores costumbres y aun preocupaciones. Acertó pues Napoleon, cuando vió en aquel medio el camino mas seguro de enseñorearse de España, procediendo con grande desacuerdo desde el momento en que desbaratado por el acaso su primer plan, no adoptó el único y obvio que se le ofrecia en el casamiento de Fernando con una princesa de la fa-

Juicio sobre  
la conducta de  
Napoleon.

milia imperial: hubiera hallado en su protegido un rey mas sumiso y reverente que en ninguno de sus hermanos. Cuando su viage á Italia, no habia Napoleon desechado este pensamiento, y continuó en el mismo propósito durante algun tiempo, si bien con mas tibieza. El ejemplo de Portugal le sugirió mas tarde la idea de repetir en España lo que su buena suerte le habia proporcionado en el pais vecino. Afirmóse en su arriesgado intento, despues que sin resistencia se habia apoderado de las plazas fuertes, y despues que vió á su ejército internado en las provincias del reino. Resuelto á su empresa, nada pudo ya contenerle.

Propuesta de  
Napoleon á su  
hermano Luis.

Esperaba con impaciencia Napoleon el aviso de haber salido para Andalucía los reyes de España, á la misma sazón que supo el importante é inesperado acontecimiento de Aranjuez. Desconcertado al principio con la noticia, no por eso quedó largo tiempo indeciso; y obstinado y tenaz, en nada alteró su primera determinacion. Claramente nos lo prueba un importante documento. Habia el sábado en la noche 26 de marzo recibido en Saint-Cloud un correo con las primeras ocurrencias de Aranjuez, y otro pocas horas despues con la abdicacion de Carlos IV. Hasta entónces solo él era sabedor de lo que contra España maquinaba: sin compromiso y sin ofensa del amor propio hubiera podido variar su plan. Sin embargo, al dia siguiente, el 27 del mismo, decidido á colocar en el trono de España á una persona de su familia, escribió con aque-

lla fecha á su hermano Luis rey de Holanda.<sup>1</sup> „El „rey de España acaba de abdicar la corona, ha- „biendo sido preso el príncipe de la Paz. Un levan- „tamiento habia empezado á manifestarse en Ma- „drid, cuando mis tropas estaban todavía á cuaren- „ta leguas de distancia de aquella capital. El gran „duque de Berg habrá entrado allí el 23 con 40,000 „hombres, deseando con ansia sus habitantes mi „presencia. Seguro de que no tendré paz sólida con „Inglaterra sino dando un grande impulso al conti- „nente, he resuelto colocar un príncipe frances en „el trono de España. . . . En tal estado, he pensado „en tí para colocarte en dicho trono. . . . Respón- „deme categóricamente cual sea tu opinion sobre „este proyecto. Bien ves que no es sino proyecto; „y aunque tengo 100,000 hombres en España, es „posible por circunstancias que sobrevengan, ó que „yo mismo vaya directamente, ó que todo se acabe „en quince dias, ó que ande mas despacio siguien- „do en secreto las operaciones durante algunos me- „ses. Respóndeme categóricamente: si te nombro „rey de España ¿lo admites? ¿Puedo contar conti- „tigo? . . .” Luis rehusó la propuesta. Documento es este importantísimo, porque fija de un modo auténtico y positivo desde qué tiempo habia determinado Napoleon mudar la dinastia de Borbon, estando solo incierto en los medios que convendria emplear para el logro de su proyecto. Tambien por estos dias conferenciando con Izquierdo, le preguntó si los españoles le querrian como á soberano su-

(1 Ap. lib. 2,  
n. 9.)

yo. Replicóle aquel con oportunidad plausible: „Con gusto y entusiasmo admitirán los españoles á V. M. por su monarca, pero despues de haber renunciado á la corona de Francia.” Imprevista respuesta y poco grata á los delicados oídos del orgulloso conquistador. Continuando pues Napoleon en su premeditado pensamiento, y pareciéndole que era ya llegado el caso de ponerle en ejecucion, trató de aproximarse al teatro de los acontecimientos, habiendo salido de Paris el 2 de abril con direccion á Burdeos.

En tanto Murat, retrayéndose de la nueva corte, anunciaba todos los dias la llegada de su augusto cuñado. En palacio se preparaba la habitacion imperial, adornábase el retiro para bailes, y un aposentador enviado de Paris lo disponia y arreglaba todo. Para despertar aun mas la viva atencion del público, se enseñaba hasta el sombrero y botas del deseado emperador. Bien que en aquellos preparativos y anuncios hubiese de parte de los franceses mucho de aparente y falso, es probable que sin el trastorno causado por el movimiento de Aranjuez, Napoleon hubiera pasado á Madrid. Sorprendido con la súbita mudanza, determinó buscar en Bayona ocasion que desenredase los complicados asuntos de España. Ofreciósele oportuna una correspondencia entablada entre Murat y los reyes padres, y á que dió origen el ardiente deseo de liberar á Don Manuel Godoy, y poner su vida fuera de todo riesgo. Fué mediadora en la correspon-

Correspondencia entre Murat y los reyes padres.

dencia la reina de Etruria, y Murat considerándola como conveniente al final desenlace de los intentos de Napoleon, cualesquiera que ellos fuesen, no desaprovechó la dichosa coyuntura que la casualidad le ofrecia. De ella provino la famosa protesta de Carlos IV contra su abdicacion, sirviendo de base dicho acto á todas las renunciaciones y procedimientos que tuvieron despues lugar en Bayona.

<sup>1</sup> Nació aquella correspondencia poco despues del dia 19 de marzo. Ya en el 22 las dos reinas, (1 Ap. n. 10.) madre é hija, escribian con eficacia en favor del preso Godoy, manifestando la de España que estaba su felicidad cifrada en acabar tranquilamente sus dias con su esposo y el único *amigo* que *ambos* tenian. Con igual fecha lo mismo pedia Carlos IV, añadiendo que se iban á Badajoz. Es de notar el contexto de dichas cartas, en las que todavía no se hablaba de haber protestado el rey padre contra la abdicacion hecha en el dia 19, ni de asunto alguno conexo con paso de tanta gravedad. Sin embargo, cuando en 1810 publicó el Monitor esta correspondencia, insertó ántes de las enunciadas cartas del 22 otra en que se hace mencion de aquel acto como de cosa consumada; pero el haberse omitido en ella la fecha, diciendo al mismo tiempo la reina que á nada aspiraba sino á alejarse con su esposo y Godoy, todos tres juntos de intrigas y mando, excita contra dicha carta vehementes sospechas, ó de que se omitió la fecha por haber sido posteriormente escrita á la del 22, ó lo que es tambien verosímil,

que se intercaló el pasage en que se habla de haber protestado, no aviniéndose con este acto, é impli- cando mas bien contradiccion los deseos de la rei- na allí manifestados. La protesta apareció con la fecha del 21; mas las cartas del 22 con otras aser- ciones encontradas que se notan en la correspon- dencia, prueban que en la dicha protesta se empleó una supuesta y anticipada fecha, y que Cárlos no tuvo determinacion fija de extender aquel acto has- ta pasados tres dias despues de su abdicacion.

La lectura atenta de toda la correspondencia, y lo que hemos oído á personas de autoridad, nos in- duce á creer que Cárlos IV se resolvió á formali- zar su protesta despues de las vistas que el 23 tu- vieron él y su esposa con el general Monthion, ge- fe del estado mayor de Murat. De cualquiera mo- do que dicho general nos haya pintado su confe- rencia, y bien que haya querido indicarnos que los reyes padres estaban decididos de antemano á pro- testar contra su abdicacion, lo cierto es que hasta aquel dia Cárlos IV no se habia dirigido á Napo- leon, y entónces lo hizo comunicándole cómo se habia visto forzado á renunciar, „cuando el estruen- do de las armas y los clamores de una guardia su- blevada, le habian dado á conocer bastante la ne- cesidad de escoger entre la vida ó la muerte; pues „(añadia) esta última se hubiera seguido á la de la „reina.” Concluia poniendo enteramente su suerte en las manos de su poderoso aliado. Acompañaba á la carta el actó de la protesta, así concebido. <sup>1</sup> „Pro-

(Ap. n. 11.)

„testo y declaro que todo lo que manifesto en mi „decreto del 19 de marzo, abdicando la corona en „mi hijo, fué forzado por precaver mayores males „y la efusion de sangre de mis queridos vasallos, y „por tanto de ningun valor.—Yo el rey.—Aran- juez 21 de marzo de 1808.”

Del cúmulo de pruebas que hemos tenido á la vista en un punto tan delicado é importante, con- gecturamos fundadamente que Cárlos, cuya abdicacion fué considerada por la generalidad como un acto de su libre y espontánea voluntad, y la cual el mismo monarca, de carácter indolente y flojo, dió momentáneamente con gusto: abandonado des- pues por todos, solo, y no acatado cual solia cuan- do empuñaba el cetro, advirtió muy luego la dife- rencia que media entre un soberano reinante y otro desposeido y retirado. Fuéle doloroso en su triste y solitaria situacion comparar lo que habia sido y lo que ahora era, y dió bien pronto indicio de pe- sarle su precipitada resolucion. El arrepentimien- to de haber renunciado fué en adelante tan cons- tante y tan sincero, que no solo en Bayona mos- traba á las claras la violencia que se habia emplea- do contra su persona, sino que todavía en Roma en 1816 repetia á cuantos españoles iban á verle, y en quienes tenia confianza, que su hijo no era legíti- mo rey de España, y que solo él, Cárlos IV, era el verdadero soberano. No ménos ahondaba y que- brantaba el corazon de la reina el triste recuerdo de su perdido influjo y poderío: andaba despecha-

da con la ingratitud de tantos mudables cortesanos, ántes en apariencia partidarios adictos y afectuosos, y grandemente la atribulaban los riesgos que cercaban á su idolatrado amigo. Ambos, en fin, sintieron el haber descendido del trono, acusándose á sí mismos de la sobrada celeridad con que habian cedido á los temores de una violenta sublevacion. No fueron los primeros reyes que derramaron lágrimas tardías en memoria de su antiguo y renunciado poder.

Pesarosos Cárlos y María Luisa, y dispuestos sus ánimos á deshacer lo que inconsideradamente habian ofrecido y ejecutado el dia 19, vislumbraron un rayo de halagüeña esperanza al ver el respeto y miramiento con que eran tratados por los principales gefes del ejército extranjero. Entonces pensaron seriamente en recobrar la perdida autoridad, fundando mas particularmente su reclamacion en la razon poderosa de haber abdicado en medio de una sedicion popular y de una sublevacion de la soldadesca. Murat, si no fué quien primero sugirió la idea, al ménos puso gran conato en sostenerla, porque con ella, fomentando la desunion de la familia real, minaba por su cimiento la legitimidad del nuevo rey, y ofrecia á su gobierno un medio plausible de entrometerse en las disensiones interiores, mayormente acudiendo á buscar el anciano y desposeido Cárlos reparo y ayuda en su aliado el emperador de los franceses.

Murat, al paso que urdia aquella trama, ó que

Siguen los tratados entre Murat y los reyes y padres.

por lo ménos ayudaba á ella, no cesaba de anunciar la próxima llegada de Napoleon, insinuando mañosamente á Fernando por medio de sus consejeros, cuán conveniente seria que para allanar cualesquiera dificultades que se opusiesen al reconocimiento, saliera á esperar á su augusto cuñado el emperador. Por su parte, el nuevo gobierno procuraba con el mayor esfuerzo grangear la voluntad del gabinete de Francia. Ya en 20 de marzo se mandó al consejo <sup>(1 Ap. n. 42)</sup> publicar que Fernando VII, léjos de mudar el sistema político de su padre respecto de aquel imperio, pondria su esmero en estrechar los preciosos vínculos de amistad y alianza que entre ambos subsistian, encargándose con especialidad recomendar al pueblo que tratase bien y acogiese con afecto al ejército frances. Se despacharon igualmente órdenes á las tropas de Galicia que habian dejado á Oporto, para que volviesen á aquel punto, y á las de Solano, que estaban ya en Extremadura, en virtud de lo últimamente dispuesto por Godoy, se les mandó que retrocediesen á Portugal. Estas sin embargo se quedaron por la mayor parte en Badajoz, no cuidándose Junot de tener cerca de sí soldados cuya conducta no merecia su confianza.

El pueblo español entre tanto empezaba cada dia á mirar con peores ojos á los extranjeros, cuya arrogancia crecia segun que su morada se prolongaba. Continuamente se suscitaban empeñadas riñas entre los paisanos y los soldados franceses, y el 27

de marzo, de resultas de una mas acalorada y estrepitosa, estuvo para haber en la plazuela de la Cebada una grande conmocion, en la que hubiera podido derramarse mucha sangre. La corte acongojada queria sosegar la inquietud pública, ora por medio de proclamas, ora anunciando y repitiendo la llegada de Napoleon que pondria término á las zozobras é incertidumbre. Era tal en este punto su propio engaño, que en 24 de marzo se avisó al público de oficio <sup>(1 Ap. n. 13.)</sup> „que S. M. tenia noticia que dentro de dos „dias y medio á tres llegaria el emperador de los „franceses. . . .” Así ya no solamente se contaban los dias, sino las horas mismas: ansiosa impaciencia, desvariada en el momento de expresarse, y afrentosa en un gobierno cuyas providencias hubieran podido descansar en el seguro y firme apoyo de la opinion nacional.

¡ Cosa maravillosa ! Quanto mas se iban en Madrid desengañando todos y comprendiendo los fermentidos designios del gabinete de Francia, tanto mas ciego y desatentado se ponía el gobierno español. Acabó de perderle y descarriarle el 28 de marzo con su llegada D. Juan de Escoiquiz, quien no veía en Napoleon sino al esclarecido, poderoso y heroico defensor del rey Fernando y sus parciales. Deslumbrado con la opinion que de sí propio tenia, creyó que solo á él le era dado acertar con los oportunos medios de sacar airoso y triunfante de la embarazosa posicion á su augusto discípulo, y cerrando los oidos á la voz pública y universal, llamó

Llega Escoiquiz á Madrid en 28 de marzo.

hacia su persona una severa y terrible responsabilidad. Causa asombro, repetimos, que los engaños y arterías advertidos por el mas ínfimo y rudo de los españoles se ocultasen y obscureciesen á D. Juan Escoiquiz y á los principales consejeros del rey, quienes por el puesto que ocupaban y por la sagacidad que debia adornarles, hubieran debido descubrir ántes que ningun otro las asechanzas que se les armaban. Pero los sucesos que en gran manera concurrían á excitar su desconfianza, eran los mismos que los confortaban y aquietaban. Tal fué el pliego de Izquierdo, de que hablamos en el libro anterior. Las proposiciones en él incluidas, y por las que nada ménos se trataba que de ceder las provincias del Ebro allá, y de arreglar la sucesion de España, sobre la cual dentro del reino nadie habia tenido dudas, no despertaron las dormidas sospechas de Escoiquiz ni de sus compañeros. Atentos solo á la propuesta indicada en el mismo pliego de casar á Fernando con una princesa, pensaron que todo iba á componerse amistosamente, llevando tan allá Escoiquiz y los suyos el extravío de su mente, que en su *Idea sencilla* no se detiene en asentar „que su opinion conforme con la del consejo del rey „habia sido que las intenciones mas perjudiciales „que podían recelarse del gobierno frances, eran „las del trueque de las provincias mas allá del Ebro „por el reino de Portugal, ó tal vez la cesion de la „Navarra;” como si la cesion ó pérdida de cualquiera de estas provincias no hubiera sido clavar

un agudo puñal en una parte muy principal de la nacion, desmembrándola y dejándola expuesta á los ataques que contra ella intentase dirigir á man salva su poderoso vecino.

El contagio de tamaña ceguedad habia cundido entre algunos cortesanos, y hubo de ellos quienes sirvieron por su credulidad al entretenimiento y burla de los servidores de Napoleon. Se aventajó á todos el conde de Fernan-Nuñez, quien para merecer primero las albricias, dejando atrás á los que con él habian ido á recibir al emperador de los franceses, se adelantó á toda diligencia hasta Tours. No distante de aquella ciudad, cruzándose en el camino con Mr. Bausset, prefecto del palacio imperial, le preguntó con viva impaciencia si estaba ya cerca de la novia del rey Fernando, sobrina del emperador. Respondióle aquel que tal sobrina no era del viage ni habia oido hablar de novia ni de casamiento. Tomando entónces Fernan-Nuñez en su ademan un compuesto y misterioso semblante, atribuyó la respuesta del prefecto imperial ó á estudiado disimulo ó á que no estaba en el importante secreto. No dejan estos hechos, por leves que parezcan, de pintar los hombres que con su obcecacion dieron motivo á grandes y trascendentales acontecimientos.

Léjos Murat de contribuir con su conducta á ofuscar á los ministros del rey, obraba de manera que mas bien ayudaba al desengaño que á mantener la lisonjera ilusion. Continuaba siempre en sus

Fernan-Nuñez  
en Tours.

tratos con la reina de Etruria y los reyes padres, no ocupándose en reconocer á Fernando, ni en hacerle siquiera una visita de mera ceremonia y cumplido. A pesar de su desvío bastaba que mostrase el menor deseo para que los ministros del nuevo rey se afanasen por complacerle y servirle. Así fué que habiendo manifestado á D. Pedro Cevallos cuánto le agradaria tener en su poder la espada de Francisco I depositada en la real armería, le fué al instante entregada en 4 de abril, siendo llevada con gran pompa y acompañamiento, y presentada por el marqués de Astorga en calidad de caballero mayor. Al par que en sus anteriores procedimientos se portó en este paso el gobierno español débil y sumisamente, el frances dejó ver estrechez de ánimo en una demanda agena de una nacion famosa por sus hazañas y glorias militares, como si los triunfos de Pavía y el inmortal trofeo ganado en buena guerra, y que adquirieron á España sus ilustres hijos Diego de Avila y Juan de Urbietta pudieran nunca borrarse de la memoria de la posteridad.

Napoleon no estaba del todo satisfecho de la conducta de Murat. En una carta que le escribió en 29 de marzo le manifestaba sus temores, y con diestra y profunda mano le trazaba cuanto habia complicado los negocios el acontecimiento de Aranjuez.<sup>1</sup> Este documento si fué escrito del modo que despues se ha publicado, muestra el acertado tino y extraordinaria prevision del emperador frances, y

Entrega de  
la espada de  
Francisco I.

Carta de Na-  
poleon á Mu-  
rat viage del  
infante Don  
Carlos.

(1 Ap. n. 14)

que la precipitacion y equivocados informes de Murat perjudicaron muy mucho al pronto y feliz éxito de su empresa. Sin embargo, ademas de las instrucciones que aparecen por la citada carta, debió de haber otras por el mismo tiempo que indicasen ó expresasen mas claramente la idea de llevar á Francia los príncipes de la real familia; pues Murat, siguiendo en aquel propósito y no atreviéndose á insistir inmediatamente en sus anteriores insinuaciones de que Fernando fuese al encuentro de Napoleon, propuso como muy oportuna la salida al efecto del infante D. Carlos, en lo cual conviniendo sin dificultad la corte, partió el infante el 5 de abril. No habian pasado muchos dias ni aun tal vez horas, cuando Murat poco á poco volvió á renovar sus ruegos para que el rey Fernando se pusiese tambien en camino y halagase con tan amistoso paso á su amigo el emperador Napoleon. El embajador frances apoyaba lo mismo y con particular eficacia, habiendo, en fin, claramente descubierto que la política de su amo en los asuntos de España era muy otra de la que ántes se habia figurado.

Pero viendo el rey Fernando que su hermano el infante no habia encontrado en Burgos á Napoleon y proseguia adelante sin saber cuál sería el término de su viage, vacilaba todavía en su resolucion. Sus consejeros andaban divididos en sus dictámenes: Cevallos se oponia á la salida del rey hasta tanto que se supiera de oficio la entrada en Es-

Llegada á Madrid del general Savary.

paña del emperador frances. Escoiquiz, constante en su desvarío, sostenia con empeño el parecer contrario, y á pesar de su poderoso influjo hubiera dificilmente prevalecido en el ánimo del rey, si la llegada á Madrid del general Savary no hubiese dado nuevo peso á sus razones y cambiado el modo de pensar de los que hasta entónces habian estado irresolutos é inciertos. Savary, general de division y ayudante de Napoleon, iba á Madrid con el encargo de llevar á Fernando á Bayona, adoptando para ello cuantos medios estimase convenientes al logro de la empresa. Juzgóse que era la persona mas acomodada para desempeñar tan árdua comision, encubriendo bajo un exterior militar y franco profunda disimulacion y astucia. Apénas, por decirlo así, apeado, solicitó audiencia particular de Fernando, la cual concedida manifestó con aparente sinceridad „que venia de parte del emperador para cumplimentar al rey y saber de S. M. únicamente si sus sentimientos con respecto á la Francia eran conformes con los del rey su padre, en cuyo caso el emperador, prescindiendo de todo lo ocurrido, no se mezclaria en nada de lo interior del reino, y reconoceria desde luego á S. M. por „rey de España y de las Indias.“ Fácil es acertar con la contestacion que daria una corte no ocupada sino en alcanzar el reconocimiento del emperador de los franceses. Savary anunció la próxima llegada de su soberano á Bayona, de donde pasaria á Madrid, insistiendo poco despues en que Fer-

nando saliese á recibirle, con cuya determinacion probaria su particular anhelo por estrechar la antigua alianza que mediaba entre ambas naciones, y asegurando que la ausencia seria tanto ménos larga, quanto que se encontraria en Burgos con el mismo emperador. El rey, vencido con tantas promesas y palabras, resolvió al fin condescender con los deseos de Savary, sostenido y apoyado por los mas de los ministros y consejeros españoles.

Cierto que el paso del general frances hubiera podido hacer titubear al hombre mas tenaz y firme si otros indicios poderosos no hubieran contrapesado su aparente fuerza. Ademas, era sobrada precipitacion ántes de saberse el viage de Napoleon á España de un modo auténtico y de oficio, exponer la dignidad del rey á ir en busca suya, habiéndose hasta entónces comunicado su venida solo de palabra é indirectamente. Con mayor lentitud y circunspeccion hubiera convenido proceder en negocio en que se interesaban el decoro del rey, su seguridad y la suerte de la nacion, principalmente quando tantas perfidias habian precedido, quando Murat tenia conducta tan sospechosa, y quando en vez de reconocer á Fernando cuidaba solamente de continuar sus secretos manejos con la antigua corte. Mas el deslumbrado Escoiquiz proseguia no viendo las anteriores perfidias, y achacaba las intrigas de Murat á actos de pura oficiosidad, contrarios á las intenciones de Napoleon. Sordo á la voz del pueblo, sordo al consejo de los prudentes,

sordo á lo mismo que se conversaba en todo el ejército extranjero, en corrillos y plazas, se mantuvo porfiadamente en su primer dictámen, y arrastró al suyo á los mas de los ministros, dando al mundo la prueba mas insigne de terca y desvariada presuncion, probablemente aguijada por ardiente deseo de ambiciosos crecimientos.

Hubo aun para recelarse, el que D. José Martinez de Hervas, quien como español y por su conocimiento en la lengua nativa habia venido en compañía del general Savary, avisó que se armaba contra el rey alguna celada, y que obraria con prudente cautela desistiendo del viage ó difiriéndole. Pero ¡oh colmo de ceguedad! los mismos que desacordadamente se fiaban en las palabras de un extranjero, del general Savary, tuvieron por sospechosa la loable advertencia del leal español. Y como si tantos indicios no bastasen, el mismo Savary dió ocasion á nuevos recelos con pedir de orden del emperador que se pudiese en libertad al enemigo declarado é implacable del nuevo gobierno, al odiado Godoy. Incomodó sin embargo la intempestiva solicitud, y hubiera tal vez perjudicado al resuelto viage, si el frances á ruego del Infantado y Ofárril no hubiera abandonado su demanda.

Firmes pues en su propósito los consejeros de Fernando y conducidos por un hado adverso, señalaron el dia 10 de abril para su partida, en cuyo dia salió S. M. tomando el camino de Somosierra para Burgos. Iban en su compañía Don Pedro Cevallos,

Aviso de Hervas.

El momento en que se avisó al rey.

10 de abril, salida del rey para Burgos.